

HOMENAJE AL NUMERARIO LUIS GARCÍA MONTES EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

JUAN GÓMEZ DÍAZ
Académico Correspondiente

Sr. Alcalde de Villacañas, estimado Santiago.

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, gracias Ramón por tu presencia.

Compañeros académicos de Villacañas, de El Romeral y de Quintanar de la Orden.

Sr. Cura Párroco.

Compañeros participantes de estas jornadas.

Querida familia de Luís García Montes.

Amigas y amigos:

Cuando se extingue la vida de cualquier ser humano, como si se apagara el pabilo de una vela consumida, queda siempre una huella, sobre todo en los que le han querido, aquellos que guardan en su corazón o en su memoria la poca o mucha cera derretida. Y cuando el que se ha ido ha destacado en una específica actividad, queda lo que podríamos denominar su traza, es decir, el transcurso de una vida que permanece en su obra y en el culto que a esa obra rinden quienes le conocen o admiran. Su obra es su traza mayor, por encima y por delante de su estricta vida personal.

Al recordarlos en los aniversarios que coinciden con números redondos: cincuentenarios, centenarios, bicentenarios, etc. ejercen una especie de tiranía sobre el escritor, cronista o amigo, obligándoles a tomar cartas en el asunto y, en algún caso, partido. En estas conmemoraciones

se encuentran las que se celebran o recuerdan y, las menos, se padecen; pero en todos los casos hay que asumirlas con mayor o menor aceptación.

La sociedad actual con exceso a veces de encuentros y eventos, engendra tres tipos de personas con las que nos relacionamos: los amigos, los conocidos y los saludados. A éstos hay que añadir los que conocemos a través de eso que la sociedad denomina redes sociales, definiéndolos como *virtuales*.

De los primeros de éstos quiero hablaros y más concretamente de mi amigo Luís García Montes, al cumplirse el centenario de su nacimiento. Para ello no he tenido que recurrir a investigaciones profundas o específicos documentos, pues con la cercanía del personaje ha sido suficiente. Asumiendo, no obstante, que referirse a una persona que no está presente siempre entraña un riesgo, por lo que se dice o por lo que se calla.

Ante cualquier intento de aproximación biográfica cabe preguntarse siempre: ¿Cómo somos, en realidad, los humanos? ¿Del modo que nos sentimos o nos creemos ser nosotros mismos? ¿O como nos ven los demás? ¿Qué es más exacto, más objetivo, el autorretrato de nuestras memorias o el perfil que surge de la visión que dejan los que nos conocieron? Difícil cuestión que dos mil quinientos años de historia escrita aún no han elucidado. Cada hombre deja una huella viva la cruzar la existencia, de la que las obras son lo que se recuerda mejor pero no el más acertado elemento para reconstruir su personalidad. El rastro del hombre queda palpitante, en la conciencia de los que le trataron.

En base a todo esto les expongo, como decía antes, la aproximación biográfica de mi amigo Luis, tratando de descubrir *quién* era, no como era. Observad que digo biográfica no hagiográfica; evitando así la tendencia actual, tal vez copiada de la iconografía holliwuyense, de que a partir de la muerte todos pasamos a un estado de merecimiento celestial, exento de toda culpa u omisión. De esto no se libran ni las ceremonias religiosas. Lo de purgar las faltas ha quedado obsoleto. Con las virtudes que adornan a cualquier fallecido y que públicamente nos exponen, al cielo derecho, en autopista y sin peaje que abonar.

Nos acercamos, pues, a su biografía de la mano de la geografía, del calendario y de la historia. En cuanto a lo primero la referencia es Villacañas, su pueblo natal y de residencia, pueblo agrícola por excelencia con atisbo de incipiente industrialización derivada de la influencia del

ferrocarril. De lo segundo, es el año 1913. Del tercero podemos decir que por entonces la historia empezaba a escribir una de sus páginas más tristes y crueles: la Gran Guerra europea. En España, Maura cesaba como jefe de gobierno, se constituía el Sporting de Gijón y se inauguraba el estadio de San Mamés. Es también el año del nacimiento de Richard Nixon, Burt Lancaster, Ataulfo Argenta y Matias Prats y desaparecían Rudolf Diesel, inventor del motor de su apellido y el alcalde Madrid, Alberto Aguilera. De la historia local en aquel año nos hablará detalladamente el próximo domingo Ángel Novillo Prisuelos.

Había finalizado la Feria de 1913 que, según cuentan las crónicas, debió ser espectacular pues el año anterior se había instalado el alumbrado eléctrico. En ella, además del componente lúdico y comercial, se honraba a los patronos de la localidad: San José de Cupertino o Copertino, llamado así por ser natural de esta ciudad italiana de la región de Puglia y a Santa Bárbara. Por cierto un dato más al respecto. En el presente año se cumple el 350 aniversario del fallecimiento de este santo (no muy conocido, todo hay que decirlo) y con este motivo Correos ha puesto en circulación un sello con su figura.

El 21 de septiembre el vecino de Villacañas, Pablo García Zaragoza, de cuarenta años de edad, se personaba en el Juzgado Municipal para inscribir el nacimiento de un hijo y de su esposa, María Montes Roldán. Dicho nacimiento había tenido lugar a las doce y media de la madrugada, del día diecinueve –el segundo día de Feria– en el domicilio familiar sito en la calle Daoíz y Velarde. Nieto, por línea materna de Francisco García Alcázar y de María Luisa Zaragoza Pérez y por la paterna de José Montes Gasco y de Sotera Roldán López. Dicho nacimiento quedó registrado en la correspondiente Acta, firmada por Francisco Segoviano Martínez y Juan Miguel Simón, juez y secretario respectivamente, siendo testigos Emilio López López y Jesús García Vaquero. Al inscrito se le puso de nombre LUIS. Nuestro protagonista.

El padre había realizado este trámite administrativo anteriormente en cuatro ocasiones, al nacimiento de sus otros hijos: Cecilia, Emiliano, Francisco y José. Y lo haría en otra ocasión más, cuando nació María Luisa, la menor de todos. Al día siguiente –el veintidós– tuvo lugar el bautizo en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Ofició la ceremonia el Cura Propio de la misma, don Antonio Gómez que permaneció largos en Villacañas. Fue su padrino el abuelo paterno,

Francisco. No dejo pasar la ocasión para hacer constar esta circunstancia, pues no es nada corriente el parentesco del padrino, ya que esta función es habitualmente ejercida por tíos, sobrinos, hermanos u otros familiares.

Es pues en una familia numerosa —numerosísima para nuestra época— y dedicada a la agricultura donde Luís inicia su singladura existencial.

Su padre se dedicaba, además de la agricultura, a la tarea de medir fincas rústicas como agrimensor (sin GPS, por supuesto) y con él sus hermanos, en una explotación agrícola de «*unas cien fanegas y dos pares de mulas*», como Luís acostumbraba a catalogar la agricultura familiar, circunstancia ésta que determinará su condición de agricultor.

La pujanza económica de los años veinte hace que en Villacañas se establecieran dos entidades bancarias importantes: El Banco Central, primero y, poco después, el Banco Español de Crédito. En este último ingresa Luís —imaginamos que de botones— en la sucursal villacañera. Pasados los años y adquiridos los conocimientos necesarios, es destinado a la de Castellón de la Plana, en donde le sorprende la Guerra Civil, siendo movilizado y desplazado al frente de Córdoba.

De éste logra incorporarse, pasando el Guadalquivir a nado y con su hermano herido, a la zona nacional, permaneciendo en ésta y en este frente durante toda la guerra, alcanzando el empleo de sargento provisional y destinado a la Legión. Merece destacarse y dar a conocer —porque no está muy divulgado— el hecho que tuvo lugar durante estos terribles días y que protagonizó Luís. En uno de los muchos combates que participó y cuando estaban recogiendo los muertos, observó que uno de los que creían fallecido aún respiraba, lo derivó al hospital de campaña, evitándole así una muerte segura. Finalizada la pesadilla de la guerra se interesó, a través del ayuntamiento de Montalbán, pueblo del herido, sobre su paradero, confirmándole que vivía y residía en esta localidad. Le visitó y, a partir de entonces, nació una entrañable amistad que continuaron sus familiares con innumerables visitas a Montalbán y a Villacañas. Precisamente, el día del entierro de Luís, le acompañaron los hijos de aquél al que salvó la vida.

Finalizada la pesadilla de la guerra civil, vuelve a Villacañas, haciéndose cargo de la parte de la agricultura familiar que le correspondía, pues su padre y su hermano Emiliano, habían sido asesinados. Y vuelve para no marcharse jamás.

El siguiente paso a señalar es el de su matrimonio, con la novia de toda la vida, Paula Lillo Jiménez. Éste tiene lugar en Madrid, concretamente en la parroquia del Cristo de la Victoria el 17 de febrero de 1942, siendo testigos del enlace Manuel Manteca López, notario y amigo del novio y Rufino Roldán Lillo del que ignoro otras circunstancias. Y dato curioso al respecto. Las arras de plata utilizadas en la ceremonia, fueron donadas por el matrimonio al Tesoro Público. Todo un gesto de generosidad y servicio en aquellos años de penuria y escasez.

El nuevo régimen político implantado crea, a nivel local, una agrupación de agricultores y ganaderos de inscripción obligatoria que funcionaba como sindicato agrario: guardería rural, pastos y rastrojeras, cuotas y derramas, cupos de producción, caminos etc., denominada Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos. La secretaria de esta entidad la ocupa Luis, poniendo en marcha todo lo relacionado con las competencias asumidas. Se conserva un documento gráfico en el que aparece con los Guarda Rurales que, debidamente uniformados, nos hacen pensar en la efectividad del Servicio. Éste, poco a poco, ha ido disminuyéndose hasta convertirse en un oficio casi administrativo. ¡Ojalá que no se tenga que volver al sistema anterior! Pocos años estuvo al frente de este organismo, que por cierto también lo ocupé yo durante doce años, aunque con distinto nombre: la Cámara Agraria Local.

La pasión por el campo, entendida ésta no solo como actividad derivada de las estaciones metereológicas, sino también con criterios empresariales marcan la ocupación de Luis hasta su fallecimiento. Digo esto porque sin esa disposición no habría podido mantener en pie su mediano patrimonio heredado. Fue aprovechando criterios de oportunidad económica en tiempos de bonanza y aplicando a rajatabla eso que los economistas definen como «control del gasto» lo que hizo posible su saneado patrimonio. Desde luego con él la «prima de riesgo» era una pariente muy lejana. Traigo esto a colación para manifestar mi desacuerdo con el calificativo de terrateniente que en alguna publicación he visto reflejado. No lo comparto ni en la acepción peyorativa del término ni por la superficie de su explotación agrícola. Creo que la expresión «agricultor acomodado» o la más castiza de «media reata» son más acertadas.

Y si dedicó su vida a la agricultura, no menor fue la que dedicó a su pueblo. Desde posiciones autodidactas y sin ocupar cargo político

alguno se entregó, desinteresadamente, al pueblo que le vio nacer. No hubo evento cultural o social en el que Luis no estuviera presente como protagonista o como animador. Su contribución personal y económica a la construcción del añadido de la torre parroquial; la revitalización de la hermandad de Jesús Nazareno que sus familiares continúan; las gestiones para que se celebrara el primer pregón de fiestas, recayendo esta función en el recordado don Clemente Palencia, secretario de nuestra Academia; la intensa colaboración para que Villacañas consiguiera el disputado premio televisivo «Un pueblo para Europa» o lo muy entrañable para mi, el dar nombres del Quijote a varias calles de la población: Insula Barataria, Pastora Marcela, etc. etc., teniendo así siempre presente el primer libro de nuestra literatura. Éstas y otras que desconozco pero que, sin duda, existieron marcaron la estrecha relación de Luis con su pueblo.

Y por último, poco antes de su fallecimiento ocurrido el 21 de febrero de 2006 la generosísima donación de Luis, también de Paula, su mujer, para que se habilitara el segundo piso de la residencia de mayores, consistente en una cifra muy considerable. Una placa en el hall de la Residencia lo recuerda.

Están también, como la mejor ofrenda, sus libros. ¡Qué os voy a decir de éstos, que conocéis mejor que yo y que mañana Ángel Novillo Sánchez de Pedro nos desmenuzará literaria e históricamente! Debutó en el mundo de la letra impresa en 1978 con su sencillo, pero original, «Villacañas y su Historia», poniendo en valor sobretodo su Historia, esa que algunos dicen que no tiene y que fue reeditado en 1999. A éste le siguieron: «Los Silos de Villacañas» en 1985. Diez años después fue la «Historia de la Iglesia y Ermitas de Villacañas» y en 1993 «La «Commemoración de la Inundación de Villacañas. Centenario de una catástrofe», coautor con Inmaculada Zaragoza. Y el póstumo y que tenía muchísimo interés en que se publicara «El Padre Jerónimo Córdoba», en 2007.

A estas publicaciones les quiero mostrar otras, menos conocidas, que es autor Luis y que no se ocupan de aspectos puramente locales. Se trata de dos separatas de boletín TOLETVM de la Real Academia de Toledo. La primera tiene por título «Reflexiones sobre el Quijote» y la segunda «Medidas Antiguas: La vara». Ésta última de notable interés para la agricultura, pues de esta vara de medir se deriva la superficie de la fanega.

Toda esta dedicación y trabajo tuvo su recompensa que, como siempre, es afectiva y compensadora de trabajos y desvelos más que de gratificación pecuniaria: El ayuntamiento le distinguió en 1978 con el sugerente título de Cronista Oficial, al que añadió el adjetivo de Honorario para significar que estaba excluido del presupuesto municipal, por cierto, título vacante y que animo al Ayuntamiento para que sea ocupado y en año 2003 el Premio Pueblo de Villacañas. Por sus trabajos literarios e históricos La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo le recibió, en 1989, como Académico Correspondiente en Villacañas.

Si hasta aquí les he hablado de datos y fechas, corresponde ahora, para dar justificación al título de esta conferencia, hablar de sentimientos; los que Luis y yo nos profesábamos. Le conocí personalmente en 1984, cuando me destinaron como secretario a la Cámara Agraria Local. Desde el primer saludo surgió eso que los psicólogos llaman empatía y los profanos coincidencias, haciendo que el afecto y estima mutuos, discurriera fluidamente hasta su fallecimiento.

En esos veintidós años puedo decir que fueron pocos, muy pocos, los días que no intercambiásemos saludo, vivencias y noticias. La vida local de Villacañas y Lillo siempre estaban presentes. Juntos hemos asistido a muchísimos actos culturales: presentación de libros, conferencias, exposiciones, programas de radio, etc. etc. muy especialmente los relacionados con el Quijote en Esquivias, Toledo o El Toboso. A la presentación de mis libros o conferencias acudía puntualmente y puedo decir, sin falsa humildad, que se le veía alegre y contento. Depositó en mí su confianza, íntima a veces, a la que he correspondido con igual intensidad. Él me propuso para la Academia de Toledo y, aunque no lo consiguió esa vez, tengo que agradecerlo públicamente. Por ello he querido y propuesto, una vez fallecido Luis, que un villacañero se sentara (y así ha sido), en representación de su pueblo en tan querida casa.

Decía al principio que hablaría de *quién* era Luis, no como era. No lo voy a cumplir. Permitidme decir de él que, ante todo, fue una persona que intentó ser totalmente independiente. Renunció a todo por conseguirlo. Bien pudo emplearse como bancario después de la guerra, méritos tenía o hacer carrera militar o administrativa, pues otros con menos bagaje, lo han utilizado. A todo renunció para seguir en su pueblo y asumir desde dentro la siempre difícil crónica local.

Otra más, ésta más íntima. Cuando falleció su mujer, los familiares de Luis, inmediatamente, me comunicaron la noticia. Estábamos solos los dos en el salón de su casa. Al indicarle que fuera a la cocina para comer, se levantó, me cogió del brazo y al pasar por el dormitorio donde estaba Paula me dijo: «Espera un momento», entramos se agachó y la besó en la frente. En esta misma ocasión, una de sus familiares, dando prueba de lealtad y afecto le entregó la medalla que portaba Paula. Un detalle extraordinario que merece resaltarse.

Por todo lo dicho gracias Luis por la pasión por tu pueblo, por sus gentes y sus cosas, en cuya historia ha buceado –navegado se dice ahora– para rescatar del polvo del tiempo y poner en valor, datos y acontecimientos, personajes y episodios, redimidos por su escritura del olvido y desdén con el que muchos cualificados historiadores pasan de largo sobre lo que consideran páginas menores en la enciclopedia del tiempo. Sus escritos han sido para muchos de nosotros surco y simiente, porque a través de ellos hemos conocido al autor, sin necesidad de preguntarle quién era, sino comprobando lo que ama.

Y nada más. Mi felicitación al Ayuntamiento por esta iniciativa. A Rosi Torres por esa magnífica representación histórica sobre la línea del tiempo. Que cunda el ánimo para que estas Jornadas, y las siguientes, sean un éxito. Este es el mejor homenaje que podemos hacer en recuerdo de Luis García Montes, mi amigo, para que de ellas salgan hombres que, como Luis, quieran ser útiles, no importantes.

Muchas gracias por vuestra asistencia y atención.

Villacañas, 18 de octubre de 2013